



BEST SELLER

MÁS DE 120.000
EJEMPLARES VENDIDOS

FRÉDÉRIC
LENOIR

EL MILAGRO SPINOZA

*Una filosofía para
iluminar nuestra vida*

www.elboomeran.com

FRÉDÉRIC
LENOIR
**EL MILAGRO
SPINOZA**

*Una filosofía para
iluminar nuestra vida*

Traducción de Ana Herrera

Ariel | GRANDES
FILÓSOFOS

Título original: *Le miracle Spinoza*

Primera edición: febrero de 2019

© 2017, Frédéric Lenoir

© 2017, Librairie Arthème Fayard

© 2019, Ana Herrera Ferrer, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 2019, Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2966-6

Depósito legal: B. 675-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Conversión filosófica

Toda nuestra felicidad y nuestro sufrimiento dependen de la única cualidad del objeto al que estamos unidos por el amor.

Los antepasados de Baruch Spinoza eran probablemente judíos españoles expulsados en 1492 que encontraron refugio en Portugal. La mayor parte de esos exiliados eran *conversos*, es decir, convertidos al catolicismo (a menudo por imposición), y algunos de ellos, a los que se llamaba con desprecio *marranos*, continuaban practicando el judaísmo en secreto. Amenazados de nuevo con la expulsión, numerosos judíos tuvieron que recibir un bautismo forzado, mientras que otros emigraron hacia el Imperio otomano, algunas villas de Italia y, hacia finales del siglo XVI, a las Provincias Unidas de los Países Bajos, una vez se emanciparon de la tutela de España. Fundada en 1581, la república de las Provincias Unidas de los Países Bajos se convirtió, en el curso del siglo XVII, en una gran federación comercial, a la vez marítima y colonial, que rivalizaba con Inglaterra, Francia y España. Cuando nació Baruch Spinoza, en 1632, las Provincias Unidas poseían los astilleros navales más importantes y la banca más poderosa de Europa. Pero era también una tierra de asilo para aquellos que huían de las persecuciones políticas y religiosas. Los neerlandeses eran mayoritariamente calvinistas, pero toleraban la presencia de nu-

merosas sectas protestantes, así como de católicos y judíos. Aunque a veces estuvieran reprimidas, allí se podían desplegar las opiniones políticas y filosóficas más diversas mucho mejor que en cualquier otro lugar de Europa. Muchos judíos fueron a establecerse a ese nuevo lugar de tolerancia.

El abuelo de Baruch Spinoza, Pedro Isaac Espinhosa (su nombre significaba «que viene de un lugar lleno de espinas»), salió de Portugal y fue a Francia. Vivió un tiempo en Nantes y acabó por instalarse definitivamente en Ámsterdam. Su padre, Micael, estableció un pequeño negocio de productos importados de las colonias en el barrio judío de la ciudad, a solo dos calles de la casa de Rembrandt.¹ Tuvo una hija, Rebecca, y un hijo, Isaac, nacidos de un primer matrimonio. Tras la muerte de su esposa, volvió a casarse con Hannah y tuvieron otros dos hijos: Myriam y Baruch. Pero la desgracia volvió a golpearle y perdió a su nueva esposa. Se casó una tercera vez con Esther, quien le dio un hijo más: Gabriel. La infancia de Baruch (nombre hebreo que significa «bendito», y cuya traducción portuguesa, Bento, se emplearía a menudo en su vida cotidiana) se vio trastornada por la muerte de su madre cuando apenas tenía seis años.

Micael era un hombre muy religioso y también uno de los principales apoyos financieros de la sinagoga Talmud-Torah, dirigida por un hombre de una personalidad muy fuerte, el erudito rabino Saúl Morteira. Micael formaba parte a menudo del *parnassim*, el consejo de la comunidad, que se encarga de tomar las decisiones importantes y de nombrar a los rabinos. Desde que era muy pequeño, Baruch asistió por tanto a la escuela judía de la sinagoga, donde aprendió a leer la Biblia en hebreo, a observar la Ley y los debates talmúdicos. Según su discípulo Lucas, suscitaba la admiración de todos por la vivacidad de su espíritu, y el rabino Morteira había depositado grandes esperanzas en él, esperando probablemente que le sucediera algún día. Sin embargo, precisa su biógrafo, «no tenía ni siquiera quince años cuando ya planteaba unas preguntas que los judíos

más doctos tenían dificultades para responder, y aunque tal juventud no suele ser edad de discernimiento, él ya tenía el suficiente para percatarse de que sus dudas violentaban a su maestro». ² Pero el joven Baruch sabía que debía ser prudente, ya que su comunidad no toleraba las diferencias doctrinales. Así, apenas con quince años, asistió al castigo público infligido por los *parnassim* a Uriel da Costa por haber negado la Ley revelada y la inmortalidad del alma. El hombre recibió treinta y nueve latigazos y se suicidó justo después de la ceremonia. No cabe duda de que ese acontecimiento marcó profundamente el espíritu del joven, que empezó entonces a apartarse de la religión para interesarse más por la filosofía.

Desde los trece años, Baruch ayudó a su padre en su negocio, a la vez que proseguía sus estudios en la sinagoga. Pero fue abandonando progresivamente los estudios judíos (desaparece de los registros escolares al cumplir los dieciocho años) para frecuentar cada vez más asiduamente los círculos de los cristianos liberales, que le iniciaron en la teología, las nuevas ciencias y la filosofía, sobre todo la de su contemporáneo René Descartes, que también había encontrado refugio en los Países Bajos. En efecto, a mediados del siglo XVII, las Provincias Unidas de los Países Bajos son el centro europeo de la república de las artes y las letras: es en Ámsterdam donde se publican las obras de física, óptica, medicina y filosofía más importantes e innovadoras de la época. Célebres universidades acogen a sabios y estudiantes de toda Europa; en las gacetas y las sociedades eruditas se habla sobre las «ideas nuevas». En ese caldo de cultivo intelectual tan extraordinario, preludio de la Ilustración europea, es donde el joven Baruch tendría el encuentro más decisivo de toda su existencia. Hacia 1652, cuando tenía diecinueve años, empezó a seguir los cursos de latín de un personaje muy pintoresco: Franciscus Van den Enden. ³

Católico originario de Amberes, Van den Enden ingresó muy joven en la Compañía de Jesús, donde se hizo profesor de latín y griego. Le excluyeron de la Compañía justo antes de ser ordenado sacerdote por unos «errores» que nos son desconocidos, pero que revelan con certeza sus divergencias doctrinales, ya que el exjesuita actuó a continuación con una libertad inaudita. Siguió estudios de medicina, se casó y después se trasladó a Ámsterdam en 1645, donde abrió con su hermano (un conocido grabador) un negocio de arte... Tras la quiebra de su empresa, creó, probablemente en 1652, una escuela de latín destinada a los hijos de la burguesía que se preparaban para entrar en la universidad. Sin embargo, como subraya con saña el renombrado pastor Colerus en su biografía de Spinoza: «Ese hombre enseñaba con mucho éxito y reputación, de manera que los comerciantes más ricos de la ciudad le confiaban la instrucción de sus hijos, antes de que se comprendiera que enseñaba a sus discípulos algo más que latín. Al fin se descubrió que plantaba en el espíritu de esos jóvenes las primeras semillas del ateísmo». Y cita también testimonios de antiguos alumnos de Van den Enden que permanecieron fieles a la Iglesia luterana de Ámsterdam y que «no dejan de bendecir el recuerdo de sus padres, quienes los arrancaron a tiempo de la escuela de Satán, quitándolos de las manos de un maestro tan pernicioso e impío».⁴

De hecho, el exjesuita se dio pronto a conocer por sus ideas originales, juzgadas por muchos como subversivas: preconizaba una libertad total de expresión, la educación de las masas y el ideal democrático. Su reputación se volvió demasiado escandalosa y no pudo seguir enseñando en Ámsterdam. En 1670, invitado por unos nobles franceses seguidores de sus enseñanzas, llegó a Francia y abrió una escuela en París. Pero cuando la Francia de Luis XIV invadió los Países Bajos, intentó, con la ayuda de cómplices tanto franceses (Louis de Rohan, que fracasaría en su complot contra el rey) como neerlandeses, instaurar una república in-

dependiente en Normandía con la intención, siempre según Colerus, de abrir un frente interior que obligase a Luis XIV a dividir sus fuerzas. Fue detenido y colgado en la Bastilla el 27 de noviembre de 1674.

Se comprende la influencia crucial que ejerció ese libre-pensador sobre el espíritu del joven Baruch, él mismo también en busca de la verdad. Van den Enden le enseñó no solamente latín, sino también las bases de una cultura clásica, sobre todo a través del teatro antiguo. Sabemos, por ejemplo, que en 1657 hizo representar a sus alumnos (entre ellos Baruch) una pieza del dramaturgo latino Terencio. También le transmitió una cultura teológica y le descubrió las nuevas ciencias físicas. Finalmente le inició en la filosofía cartesiana y, a partir de entonces, Baruch, siempre según Colerus, se sintió especialmente «encantado por esa máxima de Descartes de que no se debe jamás recibir como verdadero lo que antes no haya sido probado por buenas y sólidas razones».⁵

Durante estos años pasados junto a su nuevo maestro asistimos a una auténtica «conversión filosófica» del joven Baruch. Formado en una educación religiosa dogmática y rigorista, basada en el miedo y la esperanza, que abandonó a finales de la adolescencia, se apasionó por una búsqueda libre de la verdad y de la auténtica felicidad, cimentada únicamente sobre la razón. A través de la magnífica introducción a uno de sus primeros escritos (que quedaría inacabado), el *Tratado de la reforma del entendimiento*, Baruch hace esa (rara) confesión y nos revela el objeto último de su búsqueda: «Cuando la experiencia me hubo enseñado que todos los acontecimientos cotidianos de la vida son vanos y fútiles, viendo que todo lo que era para mí causa u objeto de temor no tenía nada de bueno ni de malo en sí, sino solo en la única medida en que el alma se veía conmovida, me decidí a fin de cuentas a investigar si no existiría un bien verdadero y que pudiera comunicarse, alguna cosa, en fin, cuyo descu-

brimiento y adquisición me procurasen para la eternidad el disfrute de una alegría suprema e incesante».⁶

Esa búsqueda del «bien verdadero», tal y como lo expresa el joven Spinoza, es la esencia misma de la búsqueda de la sabiduría según los antiguos filósofos griegos. Es decir, una felicidad profunda y duradera, que puede obtenerse volviéndose de alguna manera indiferente a los acontecimientos exteriores, ya sean estos agradables o desagradables, y transformando el espíritu para que encuentre en el interior de uno mismo una felicidad permanente. Lo que me parece ya propio de Spinoza, en esos primeros momentos de elaboración de su pensamiento, es que esa bondad suprema adopta el rostro concreto de la alegría. Ahora bien, las escuelas de sabiduría de la Antigüedad, sobre todo el epicureísmo y el estoicismo, hacen poco caso de la alegría: la felicidad verdadera (*eudemonia*) tiene más bien el rostro de la serenidad, de la ausencia de problemas (*ataraxia*). La búsqueda de la sabiduría es la misma: no hay que hacer depender la felicidad de causas externas, pero esa orientación original hacia la alegría caracteriza propiamente, y desde su génesis, la sabiduría spinozista. Veremos más adelante cómo y por qué.

Volviendo a las primeras páginas del *Tratado de la reforma del entendimiento*, Spinoza explica que el espíritu está tan distraído por la búsqueda de riqueza, honores y placeres sensuales que difícilmente puede consagrarse a la búsqueda de otros bienes. Pero, según dice Spinoza, que afirma haberlo experimentado él mismo, esos bienes aparentes se transforman, tarde o temprano, en males y tristeza: «Toda nuestra felicidad y nuestra desgracia dependen solo de la calidad del objeto al cual nos hemos unido mediante el amor».⁷ Si nos apegamos a bienes fútiles, como los honores y las riquezas, conoceremos los males ligados a sus vicisitudes, mientras que si buscamos la sabiduría y nos apegamos a las cosas más nobles, nuestra felicidad será mayor y más constante. Spinoza relata entonces su propio combate: «Aunque mi espíritu percibiera claramente estas cosas, no podía desapegarme

del todo del dinero, del placer sensual y de la gloria. Pero veía algo claramente: mientras mi espíritu estuviera ocupado en sus pensamientos, se apartaba de los falsos bienes y pensaba seriamente en su nuevo proyecto. Y eso significó para mí un gran consuelo». ⁸ Cuanto más tiempo dedica a la reflexión filosófica, más se le revela ese «bien verdadero», y más consigue desapegarse del resto, y llega a considerar el dinero, los honores y el placer sensual como medios, y no como fines, cosa que le permite hacer de ellos un uso moderado.

¿Por qué el joven Baruch decidió dedicarse a la filosofía, con el fin de adquirir un bien verdadero? Lo explica con gran claridad en la continuación de su discurso: «Reflexionando más largamente, me convencí de que, si podía dedicarme por entero a la reflexión, dejaría unos males seguros a cambio de un bien cierto». ⁹ Y proseguía haciendo esta confesión potente y extraña: «Me veía, en efecto, en un peligro extremo y obligado a buscar un remedio, aunque fuera incierto. Al igual que quien padece una enfermedad mortal y siente que se acerca una muerte segura si no se aplica un remedio está obligado a buscarlo con todas sus fuerzas, por muy incierto que sea, ya que coloca todo su espíritu en él». ¹⁰ ¡Spinoza nos confía con toda claridad que no tenía otra elección para salvar la piel que entregarse a la búsqueda filosófica como un remedio vital! ¿Por qué? ¿A qué «peligro extremo», a qué «enfermedad mortal» se vio enfrentado el joven Baruch? ¿Por qué tuvo que buscar desesperadamente semejante remedio? Los pocos elementos que poseemos de su biografía aportan la respuesta.